

# Ana de San Bartolomé y la expansión del Carmelo Descalzo

BELÉN YUSTE Y SONNIA L. RIVAS-CABALLERO

Este año que se celebra el IV centenario de la expansión del Carmelo Descalzo y su llegada a Francia, es justo recordar la figura de la Beata Ana de San Bartolomé. Ella fue para Teresa de Jesús sinónimo de fidelidad y amor fraternal y, en los últimos años, el pilar anímico y corporal en el que descansaron el alma y el cuerpo dolorido de la Santa. Prueba inefable de su profunda unión fue que, a la hora de su muerte en Alba de Tormes, Santa Teresa quiso despedirse de este mundo entre sus brazos

En 1604 encabezó, junto con la venerable Ana de Jesús, la expedición de carmelitas descalzas que el 29 de agosto salieron de Ávila para implantar el Carmelo Teresiano en el país vecino. Fruto de aquella siembra, y bendito y glorioso fruto, fue la vida y la obra de Teresa de Lisieux, cuyas reliquias recientemente han peregrinado por nuestro país.

La publicación de los escritos de la beata Ana de San Bartolomé, inéditos hasta que en 1981-1985 los publicó el P. Urkiza<sup>1</sup>, ha sido de gran trascendencia tanto para conocer los avatares del último quinquenio de vida de la Santa, como para analizar el discurrir de la expansión del Carmelo Teresiano en Francia y Flandes, y vislum-

<sup>1</sup> *Obras completas de la Beata Ana de San Bartolomé*, edición crítica preparada por Julián Urkiza, OCD, 2 vols, Roma, Teresianum, 1981-1985. Y dentro de la colección Maestros espirituales cristianos el t. 16: *Obras Completas de la Beata Ana de San Bartolomé*, edición preparada por Julián Urkiza, Burgos, Ed. Monte Carmelo, 1998.

brar la idiosincrasia de una época. Por primera vez se ha puesto claramente de manifiesto el relevante papel que la Beata tuvo en el incipiente desarrollo del Carmelo Teresiano y en la difícil empresa de implantarlo fuera de España. Por ello y por la entrañable unión que existió entre ella y la Santa sus escritos complementan magníficamente las obras de Teresa de Jesús<sup>2</sup>.

Por otra parte, el valor y la belleza de sus poemas ha quedado también de manifiesto en la reciente edición del disco *Coloquio de Amor*, recital de poemas cantados de Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y la Beata Ana de San Bartolomé sobre música popular española del siglo XVI, que recientemente ha sido editado por RTVE-Música. Este disco recoge un laborioso trabajo de investigación poético-musical llevado a cabo por la mezzosoprano Sonia L. Rivas-Caballero para cantar los poemas de estos grandes Santos sobre la melodía de su tiempo, tal y como ellos hacían. La Beata aprendió de la santa Madre esta faceta suya de *transformar a lo divino*, arte que luego ella implantaría en los Carmelos extranjeros.

#### UN ENCUENTRO MUY FECUNDO

Al acercarse a la vida y la obra de Santa Teresa conmueve la unión y complicidad que siempre existió entre ella y Ana de San Bartolomé. La Beata fue, durante los últimos cinco años de la vida de la Santa, su compañera inseparable, su enfermera, su confidente, su secretaria, realmente su sombra. Cuando se cruzaron los pasos de Teresa de Jesús y Ana de San Bartolomé, se produjo, ciertamente, un encuentro muy fecundo para sus vidas y para el devenir del Carmelo Teresiano. El marco de este encuentro fue el emblemático monasterio de San José de Ávila y debió de tener lugar hacía finales de 1570 o principios de 1571. Entonces Ana, con veintiún años, acababa de entrar en el Carmelo y la Santa, con cincuenta y cinco, bregaba con sus fundaciones en Salamanca y Alba de Tormes. Sin

<sup>2</sup> Entre los escritos de Ana de San Bartolomé destacan sus dos manuscritos autobiográficos. La llamada autobiografía de Amberes (AA) porque el manuscrito se conserva en el Carmelo de esta ciudad, y la autobiografía de Bolonia (AB) porque el manuscrito se conserva en el Carmelo de Bolonia.

embargo, hacía tiempo que los pasos de ambas, sigilosamente, dirigían sus caminos como dos rectas hacia su punto de intersección.

Desde ese fértil encuentro la vida fue tejiendo, de corazón a corazón, un bello tapiz hecho de miles de instantes de complicidad, de infatigables viajes por los arduos senderos y caminos de la Castilla del siglo XVI, de mutuo consuelo en las horas de profunda pena y de feliz algarabía en las grandes alegrías. Las *Relaciones* sobre la vida de la Beata escritas por carmelitas que convivieron con ella, como María de San Jerónimo o la sobrina quiteña de la Santa, Teresa de Jesús, y sus *Diálogos* con el padre Gracián, junto con sus propios escritos autobiográficos apuntalan la reconstrucción histórica de la vida de la Beata.

#### INFANCIA DE ANA DE SAN BARTOLOMÉ

Se llamaba Ana García Manzanas y nació el 1 de octubre de 1549 en Almendral de la Cañada, entonces perteneciente a Ávila, hoy a Toledo. Ella misma lo relató al final de su vida en sus *Diálogos* con el padre Gracián:

*Nací en un pueblo cerca de Ávila que se dice Navalmorecuende, donde se vino a casar mi padre, llamado Hernán García, natural de otra aldea llamada Pajares que está cabe Talavera, con mi madre, llamada María Manzanas. Tuve tres hermanos y otras tres hermanas. Y aunque mi linaje era humilde, no faltaba a mi padre lo que había menester de ganados y heredades, y fue tenido él y mis hermanos en reputación de hombres buenos y prudentes, y así casi siempre les nombraban por alcaldes del pueblo o mayordomos de la iglesia*<sup>3</sup>.

Ana recuerda que fue cristianada a la vez que su prima Francisca Cano, a quien siempre estuvo entrañablemente unida y que, andando el tiempo, también sería carmelita descalza en Medina del Campo:

*Con esta mi compañera trataba yo todos mis secretos, declaraba mi espíritu, juntas nos íbamos a confesar y comul-*

<sup>3</sup> *Obras completas*, Burgos, p. 270.

*gar a menudo escondidamente porque no nos estorbasen o murmurasen los del pueblo. Y así como yo después fui monja en Ávila, ella tomó el hábito algún tiempo después de mí en el monasterio de Carmelitas Descalzas de Medina del Campo y se llama Francisca de Jesús. Y fuimos bautizadas juntas en un mismo día y pila. Y contaba su madre María Cano que cuando nos bautizaron vio no sé qué revelación de que ella se admiraba mucho cuando lo contaba, mas nunca quiso decir qué revelación fuese<sup>4</sup>.*

En 1549, cuando Ana nació, Santa Teresa tenía treinta y cuatro años; lejos quedaba ya su juventud, aquellos años en los que sopeando los pros y los contras de la vida mundanal y de la vida religiosa, optó por profesar como carmelita en el monasterio de la Encarnación de Ávila. En el *Libro de la vida* nos relata cómo esa decisión, tomada en un principio en aras de su propia comodidad y conveniencia, pronto se volvió contra ella misma causándola, durante años, una profunda desazón:

*Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguía al mundo, dábanme gran contento las cosas de Dios, teníanme atada las del mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios tan enemigos uno de otro, como es la vida espiritual y contentos y gustos y pasatiempos sensuales<sup>5</sup>.*

*Pasé este mar tempestuoso casi veinte años [...] Sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios, ni traía contento del mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía a Dios, era con pena; cuando estaba con Dios, las afecciones del mundo me desasosegaban.*

*Ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuanto más tantos años<sup>6</sup>.*

<sup>4</sup> *Idem*, p. 279.

<sup>5</sup> *Vida* 7, 17.

<sup>6</sup> *Idem*, 8, 2.

Esta batalla interior llegó a su fin en los años cercanos al nacimiento de Ana. Entonces Teresa logró romper sus ataduras terrenales y comenzó a recibir grandes mercedes divinas. Toda la ciudad de Ávila y sus contornos se hicieron eco de esa inesperada evolución en la vida de quien era tenida como una mujer llena de orgullo y vanidad, e incluso algunos vieron en ese cambio de actitud motivo suficiente para incluir su nombre en la larga lista de sospechosos ante el temible Tribunal de la Inquisición. Todo ello hizo que la vida de Teresa fuera blanco de maliciosas murmuraciones dentro y fuera de su ciudad al mismo tiempo que, en Almendral de la Cañada, transcurría la infancia de Ana, a pocos kilómetros de la persona que pocos años después guiaría el curso de su vida.

El ambiente religioso y caritativo que vivía en casa fue despertando en la pequeña Ana, desde su niñez, el fervor de la espiritualidad y la vocación de servicio que marcaría su vida de carmelita:

*Mi padre hacía las Pascuas y fiestas de Nuestro Señor muy solemnes en el lugar, y mi madre todas las fiestas de la Madre de Dios, que lo tenían así concertado los dos. Tenían mucha caridad y compasión de los pobres y cada sábado se masaba en casa pan para los pobres; y el domingo, antes de ir a misa, era su devoción de enviar un panecillo y un pote de vino a los conocidos del lugar que eran pobres; y si estaban enfermos, mi madre luego los iba a visitar y a ver lo que habían menester; a unos daba lienzo para las camas y a otros botica [...] Y tenía mucha lástima de los niños que quedaban huérfanos y hacía por acomodarlos; y algunas veces yo me acuerdo que lloraba un niño por la calle y dijo: «Vayan a ver aquel niño si tiene padre o madre, y si no le tiene, métanle acá». Y esto hacía muchas veces, y lo regalaba en lo que podía y acomodaba<sup>7</sup>.*

Muy pronto sintió el dolor y la congoja de la orfandad porque a la temprana edad de nueve años perdió a su madre y, un año después, a su padre. Entonces quedó bajo el cuidado y la tutela de

<sup>7</sup> *Obras completas*, Burgos, p. 478

sus hermanos que, en un primer momento, decidieron que la pequeña se hiciese cargo del cuidado del rebaño, gracias a lo cual pasó muchos ratos de soledad pastoreando en los campos aledaños a su pueblo. Y, allí, entre sus queridos paisajes, la pequeña pastora empezó a sentir junto a sí la Presencia Divina, sin sobresaltos, como un hecho connatural a su propia vida, sin saber aún lo excepcional de sus infantiles experiencias.

*A los diez años murieron mis padres, de que quedé muy afligida. Quedáronme unos hermanos y hermanas que me sirvieron de padres y eran muy buenos. Mas siendo de esta edad, me enviaron a guardar el ganado al campo; aunque era cerca del lugar, yo lo sentía mucho al principio; mas luego el Señor me consolaba, y los campos me eran deleites y los pájaros me recogían con su canto, que si empezaban de cantar, me estaba las horas recogida. Y muchas veces venía el Niño Jesús y se me sentaba en las faldas y le hallaba allí cuando tornaba en mí<sup>8</sup>.*

Entretanto Teresa, totalmente ajena a esta vida que cercana a ella despuntaba a la mirada divina y en cuyos brazos moriría el otoño de 1582, empezaba a cruzarse con personas que tiempo después serían grandes puntales de su vida y de su obra. Alrededor de 1555 conoció a quien sería en su vida sinónimo de entrañable y leal amistad: Guiomar de Ulloa. Gracias a ella, en el verano de 1560, conoció Teresa a quien entonces era considerado un santo en vida, de cuya palabra y juicio nadie dudaba: el franciscano reformador fray Pedro de Alcántara. En aquel histórico encuentro San Pedro de Alcántara puso fin al calvario de acusaciones asegurando que *después de la Sagrada Escritura y de lo demás que la Iglesia manda creer, no hay cosa más cierta que el espíritu de esta mujer ser de Dios*<sup>9</sup>. A partir de ese momento la defendió ante cuantos la juzgaban víctima de posesiones diabólicas, asegurando que recibía grandes

<sup>8</sup> *Idem*, p.. 327.

<sup>9</sup> *Algunas cosas de Santa Teresa contadas por su amiga doña Guiomar*. Biblioteca Mística Carmelitana, Burgos, Ed. Monte Carmelo, 1915, t. II, p. 507.

mercedes divinas. Aquel día se inició entre el reformador de la Orden franciscana y la que muy pronto lo sería del Carmelo, una honda corriente de mutua admiración y profunda amistad.

Poco después de este crucial encuentro, en septiembre de 1560 —cuando Ana tenía apenas once años—, se abrió ante Teresa un camino nuevo y dificultoso: abandonar el enorme monasterio de la Encarnación y fundar el recoleto convento de San José. Fueron muchos y arduos los problemas que acuciaron a Teresa desde que se hizo público su deseo de abandonar el monasterio donde había sido monja profesa durante veintisiete años. De nuevo Guiomar quitó piedras y pedruscos del camino de su amiga y no dudó en poner en entredicho su nombre y aportar cuanto le quedaba de herencia para ayudarla en ese proyecto. Las recias murallas abulenses fueron mudos testigos de las duras críticas y los muchos sinsabores que compartieron a su vera estas ejemplares amigas.

Como broche de oro de este apoyo incondicional fue la propia Guiomar quien solicitó a Roma el permiso necesario para poder fundar un nuevo convento de la Orden del Carmen, y a su nombre se selló el 7 de febrero de 1562 el Breve pontificio, otorgado por el papa Pío IV, que autorizaba el sueño dorado de Teresa: la fundación del monasterio de San José, el primero dedicado a la advocación del carpintero de Nazaret y cuna de la Reforma Teresiana.

#### MONASTERIO DE SAN JOSÉ DE ÁVILA

Entonces Ana y su prima tenían doce años y, ajenas al mundo que las rodeaba, creaban su propio mundo interior descubriendo pronto, muy pronto, el significado profundo de la palabra amistad. Así, mientras Ana ayudaba a sus hermanos en las labores labriegas del mes de agosto, en pleno verano, no podía imaginar que en Ávila tenía lugar un acontecimiento histórico que marcaría su propia vida, entonces tan ajena a aquel suceso. Fue el lunes, 24 de agosto de 1562 festividad de San Bartolomé, cuando amaneció el día tan esperado durante dos largos años por Teresa y sus fieles amigos. A primera hora de la mañana una campanita rota, que la Santa había comprado a precio de saldo por el agujero con que salió de la fun-

dición, quebró el silencio del barrio de San Roque y anunció a sus asombrados vecinos la inauguración de un nuevo convento en una de sus pequeñas casas, un minúsculo convento que sería el inicio de una obra universal.

Santa Teresa, antes de llenar Castilla con sus Carmelos Descalzos, vivió cinco años consecutivos en la clausura de San José, años que consideró siempre entre los más felices de su vida. En la sala capitular del primitivo convento —hoy capilla de la Natividad— escucharon las primeras novicias las inestimables enseñanzas de su maestra. Aún se conserva en la clausura del convento, casi cinco siglos después, la celda de Santa Teresa y en ella el sencillo poyo sobre el que escribió, casi siempre a altas horas de la noche, a la cálida y débil luz de las velas, con plumas de ave y tinta casera, escritos inmortales como la segunda redacción del *Libro de la vida y Camino de Perfección*.

#### ANA: EL DESPERTAR DE SU VOCACIÓN

Mientras estos acontecimientos marcaban la vida de Teresa hacia su nuevo camino de fundadora del Carmelo Descalzo, la joven pastorcita de Almendral fue cumpliendo años y vislumbrando, cada vez más claro, su anhelo de alejarse del mundo y, como le ocurría desde niña ensimismada en la soledad del campo, pasar el resto de su vida en compañía del Señor, vivir sólo para Él en el retiro de la vida conventual.

Gracias a los propios escritos de Ana y a las *Relaciones* que de ella escribieron personas muy cercanas, se conocen los pasos de su vida interior y su largo camino hacia el convento de San José de Ávila. Ella compartía sus sentimientos y desvelos con su prima y mejor amiga, Francisca Cano, que como carmelita se llamó Francisca de Jesús y dejó una valiosísima *Relación* que incluye la única alusión al aspecto físico de Ana:

*Puso Nuestro Señor a la hermana Ana de San Bartolomé una natural tan lindo y agradable a todos, que nadie la trataba que no gustase extrañamente de su conversación. Era alegre*



*sobre manera; nadie había de estar triste donde ella estuviese; ella les decía tales razones que les deshacía la pena que tenían. Era de muy lindo cuerpo, de mediana estatura; las facciones de su rostro eran pintadas, que aunque todos sus hermanos y hermanas eran de buen parecer, ella les llevaba la ventaja en hermosura*<sup>10</sup>.

Ana, cada vez con más fuerza, se sentía llamada a una vida de retiro lejos del matrimonio en el que la mayoría de las mujeres de la época esperaban con anhelo cumplir el sueño de su vida. Ella rehusaba todo tipo de pasatiempos donde los jóvenes tenían ocasión de conocerse y pensar en futuros matrimonios. Sin embargo, sus hermanos, cada vez con mayor insistencia, le proponían la conveniencia de casarse y olvidar sus ensoñaciones infantiles, intentando convencerla de que era tanto por su propio bien como por el bien de la familia:

*Mis hermanos como me veían ya grande, trataban de casarme. Yo no tenía esos pensamientos*<sup>11</sup>.

Su prima Francisca en su *Relación* también alude a la actitud de Ana en este tema:

*Teniéndola recogida en casa enseñándola a labrar, encendiéndose su corazón cada día más en el ardor del divino espíritu, que aunque los hermanos mayores se casaron, los bailes ni los contentos no bastaron para enfriar una sola brizna; mas en tanto que ellos estaban en sus pasatiempos y contentos de su estado, ella no se olvidaba del suyo, que era visitar a los enfermos y hacer bien a los pobres, porque en esto la dio Nuestro Señor un espíritu dadivoso sin parecer que hacía nada*<sup>12</sup>.

Entretanto sus hermanos buscaban candidatos al matrimonio para disuadirla de sus fervores espirituales: *Tuve grandes estorbos de ser*

<sup>10</sup> *Obras completas*, Roma, t. I, p. 782.

<sup>11</sup> *Obras completas*, Burgos, p. 328.

<sup>12</sup> *Obras completas*, Roma, t. I, pp. 783-784.

*monja en mis hermanos, porque me querían casar*<sup>13</sup>. En ese tiempo Ana atravesó periodos de gran angustia, ya que no veía el modo de poder hacer realidad sus deseos y, además, entraba en la temida edad de contraer matrimonio. Fue en medio de estas tribulaciones cuando le confortó una visión que tuvo entre sueños:

*Y, dormida, vino la Virgen con su Niño en los brazos y púsose sobre la cama; y el Niño empezó a jugar con mi rosario y él tiraba, yo también,; y desperté y desaparecieron. No vi más que la luz. Díjome la Virgen en llegando: «Hija, no tengas pena; yo te haré monja en mi casa». Y mostrome la que acababa de hacer nuestra Santa, y vi las monjas, y me mostraron buena gracia; diéronme de beber, que dije había sed. Esto pasó en un vis antes que despertase. Yo quedé muy consolada y alegre de haber conocido la casa, y después cuando vine conocí el hábito y el pote en que me dieron de beber*<sup>14</sup>.

Mientras Ana, en plena juventud, percibía cada vez más clara su vocación religiosa, el rumbo de la vida de Teresa daba, de nuevo, un giro inesperado que la hizo merecedora del apelativo de *monja andariega* que le dieron sus contemporáneos. Todo sucedió en 1567 cuando llegó a las puertas del pequeño convento de San José el padre Rubeo, visitador apostólico de la Orden del Carmen enviado de Roma, y quedó tan profundamente impresionado y admirado por la tenacidad y el carisma de Teresa de Jesús, que la instó a que fundase en toda Castilla *tantos conventos como pelos tenía en la cabeza*<sup>15</sup>. Así lo relató ella:

*Vela aquí una pobre monja descalza, sin ayuda de ninguna parte, sino del Señor, cargada de patentes y buenos deseos, y sin ninguna posibilidad para ponerlos por obra. El ánimo no desfallecía ni la esperanza, que, pues el Señor me había dado lo uno, daría lo otro. Ya todo me parecía muy posible, y así lo comencé a poner por obra.*

<sup>13</sup> *Obras completas*, Burgos, p. 285.

<sup>14</sup> *Idem*, p. 483.

<sup>15</sup> *Declaración de Domingo Báñez*, Biblioteca Mística Carmelitana, Burgos, Ed. Monte Carmelo, 1935, t. 18, p. 8.

*¡Oh grandeza de Dios! ¡Y cómo mostráis vuestro poder en dar osadía a una hormiga!*<sup>16</sup>.

Así fue cómo, cuando Ana tenía diecisiete años, se inició en Medina del Campo el rosario de nuevas fundaciones teresianas que sembraron por toda Castilla el germen del Carmelo Descalzo, y Teresa, que había buscado en el pequeño convento de San José el abandono definitivo del mundo, se vio abocada a un continuo ir y venir de una fundación a otra, a incesantes negociaciones en pos de permisos y licencias, a largas noches de posadas y a duros ajetreos de caminos. A menudo estaba cansada pero feliz, segura siempre de seguir la voluntad de Dios y fiada sólo de su Divina Providencia. Y ésta parecía que la protegía ya que, en poco espacio de tiempo, las fundaciones fueron multiplicándose: a Medina del Campo le siguieron muchos otros pueblos y ciudades, que vieron levantar, de la noche a la mañana, un convento de Carmelitas Descalzas en su vecindad.

Entretanto Ana iba encaminando su destino hacia el primer monasterio teresiano.

#### EL SUEÑO DE ANA VA HACIÉNDOSE REALIDAD

Cuando Ana y su prima tenían aproximadamente diecisiete años, llegó a Almendral un cura nuevo procedente de Ávila. Ana pronto le contó su extraño sueño del monasterio e inmediatamente él lo relacionó con el recién fundado convento de San José y se ofreció a tramitar las gestiones pertinentes para ingresar allí:

*A este tiempo quiso Dios traer a este lugar un sacerdote por cura de aquella iglesia, doctor y muy siervo de Dios, y confesábamos las dos con aquel doctor que digo, las dos compañeras. Y sin decir más de los deseos que digo que tenía de ser religiosa en Ávila, él me dijo: «Ahora se ha hecho un monasterio nuevo; si vos queréis que yo trate de pedir os la plaza, yo lo haré». Yo vi el cielo abierto y dije que sí, que me*

<sup>16</sup> *Fundaciones* 2, 6-7.

*consolaría mucho. Él lo hizo con tal amor, con haber poco que me confesaba. Dando cuenta de mis deseos en el monasterio, le dijeron que me hiciesen ir allá, que me querían ver primero*<sup>17</sup>.

Efectivamente este hombre de bien cumplió su ofrecimiento y pronto llegó una carta de su amigo comunicándole que el Obispo solicitaba que llevasen a Ávila a aquella doncella. Francisca fue testigo de la inquietud y felicidad de su prima en esos días:

*Cuando el cura recibió la carta y la leyó a la buena Ana de San Bartolomé, ¿quién podrá pensar el gozo que su alma sintió?*<sup>18</sup>.

Pero no todo fue felicidad para la joven Ana; para alcanzar la rosa de sus sueños se clavó muchas espinas. Como recuerda su querida prima y confidente, fue enorme el pesar de sus hermanos y la maledicencia de las gentes de su pueblo:

*Y cuando sus hermanos lo supieron y se divulgó por aquel miserable pueblo diciendo que el Obispo enviaba por Ana, la de Hernando García, que así se llamaba su padre y su madre María Manzanas, ¿quién podrá imaginar las murmuraciones, los juicios y parlerías que en grandes y chicos había?, que no parecía sino un infierno. Unos decían que, como era tan hermosa, el Obispo la quería para cosas malas; otros, cuanto malo se podía decir; y ella como una roca muy firme haciendo rostro a todo cuanto la decían*<sup>19</sup>.

En medio de esta dolorosa situación Ana encontró apoyo y consuelo en su incondicional prima, e inesperadamente un tío suyo hizo frente a la oposición de sus hermanos ofreciéndose él mismo a llevarla a Ávila. Ante esta resolución sus hermanos cedieron y, al fin, el día del apóstol San Pedro del año 1570, la joven atribulada partió con tres hermanos y una hermana camino de Ávila.

<sup>17</sup> *Obras completas*, Burgos, p. 331.

<sup>18</sup> *Obras completas*, Roma, p. 786.

<sup>19</sup> *Idem*.

Ana emprendió el soñado viaje deseosa de incorporarse cuanto antes al monasterio de San José en calidad de hermana lega, freila o monja de velo blanco. Realmente, ella fue la primera lega que admitió Santa Teresa en el nido de su Reforma. En un principio la Santa desistió admitir freilas en su convento, tal vez para evitar tener «dos tipos de monjas». Pero, después de cinco años de experiencia, según afirmó en su *Relación* María de San Jerónimo, la Fundadora cambió de opinión:

*En este tiempo que se hizo la casa de Ávila no tenía la santa Madre intento hubiese freilas sino que las monjas anduviesen a semanas en la cocina, y así, se comenzaba desde nuestra santa Madre. Estuvo así la casa sin tener freilas cinco años, y en ellos se halló por experiencia no se podía acudir al coro y a las horas de oración sin hacerse faltas; y con esto y quitar Dios la salud a las hermanas, se determinó la santa Madre a tomarlas. Y así dispuso el Señor las cosas para que su sierva tuviese lugar en aquella casa y otras muchas que han entrado en otras, que hay muy santas<sup>20</sup>.*

María de San Jerónimo —con quien había hablado el clérigo amigo del cura de Almendral porque, en ausencia de la Santa que estaba realizando otras fundaciones, era priora del convento de San José— también relató lo mucho que le agradó la propuesta, aunque quiso conocer a Ana antes de aceptarla:

*Y a este tiempo vino allí un cura muy siervo de Dios y comenzose a confesar con él y decir sus deseos y este sueño que tuvo de verse en el monasterio. Y él dijo era verdad, que hacía poco se había hecho aquella casa y que, aunque no sabía si había lugar, que él lo procuraría [...] Y andándome informada, vínome a hablar un clérigo, amigo del cura con quien esta hermana se confesaba, y propúsome el negocio; y aunque más me la loaba, le dije no la tomaría sin verla primero. Y así me la trajeron, y en viéndola yo y las hermanas nos contentó tanto que dijimos luego era propia la que había-*

<sup>20</sup> *Idem*, 738

*mos menester; y ella dice que le parecieron tan bien las monjas —que las saqué al locutorio de que la vieses— que dice las cobró tanto amor, que parecía toda su vida se había criado con ellas*<sup>21</sup>.

Por los testimonios de María de San Jerónimo y de la propia Ana, se deduce que todas estaban encantadas con este encuentro. Ella iba con el anhelo de quedarse allí, pero el deseo fue certeza cuando pidió de beber y reconoció el jarro que había visto en su sueño. Así lo recordó María de San Jerónimo:

*Pidió un jarro de agua y dice le conoció que era el mismo que vio en el sueño, y dice se le alegró mucho su espíritu, porque conoció también las monjas. No se recibió entonces, porque no estaba traída la licencia del Perlado y por eso se tornó a ir*<sup>22</sup>.

Y la propia Ana:

*[...] Las monjas quiso Dios que luego me aceptaron con gusto. Yo también le tuve con ellas y conocí las que había visto en el sueño; mas no fue entonces más que a vistas. Y quedó concertado que me avisarían y a mis parientes cuándo habíamos de venir. Mis parientes decían: «¿A qué queréis ir con estas monjas, que nos han parecido muy estrechas?» Yo les decía: «A mí me han parecido unas santas y que toda mi vida he estado con ellas y que toda mi vida las he conocido»*<sup>23</sup>.

Sin embargo, a pesar de los deseos de Ana de ingresar cuanto antes y de las monjas de recibirla, no pudo ser admitida con la prontitud deseada. Era necesario tener licencia del Obispo y éste estaba en Olmedo; por lo tanto los trámites debían alargarse un poco más:

<sup>21</sup> *Idem.*

<sup>22</sup> *Idem*, p. 739.

<sup>23</sup> *Obras completas*, Burgos, pp. 331-332.

*Y ellas se contentaron de mi pobre persona; yo de su conversación santa quedé consoladísima. Más no tenían licencia de su Prelado; dijeron que me avisarían en teniéndola*<sup>24</sup>.

A la inconformidad de sus hermanos con que abrazase la vida religiosa se unía el hecho de que quisiera hacerlo como simple hermana lega, para ellos algo deplorable que afrentaba a toda la familia. Por lo que durante la espera establecida por las carmelitas, hicieron toda la presión posible para disuadirla de seguir ese camino y que al menos ingresara en una orden arraigada y no siguiendo las andanzas de una novedosa carmelita reformadora:

*Otras veces me persuadían con muchas razones, diciéndome que, ya que quería ser monja, por qué no escogía un monasterio honrado y bueno de orden conocida, y no aquel de Carmelitas Descalzas que había poco había fundado una loca, Teresa de Jesús, y había habido grandes revueltas sobre aquella fundación.*

*Por este tiempo acaeció venir a nuestro pueblo dos monjas de la Orden de San Jerónimo, y también éstas me persuadieron mucho por orden de mis hermanos que me fuese con ellas a su monasterio. Mas siempre me tenía Dios firme en mi vocación de monja Carmelita Descalza, mientras mayores eran las persecuciones de mis hermanos; que fueron tan grandes*<sup>25</sup>.

Pero mientras sus hermanos refutaban su elección ocurrió algo inesperado en la vida de Ana. Una noche su prima Francisca pidió permiso para que dejaran a Ana acompañarla a su lino —la heredad que tenía a las afueras del lugar—, y allí Ana tuvo una visión espantosa que la afectó profundamente. Éste hecho, unido a la inquietud por la espera de noticias de Ávila y a la tensión de la negativa de sus hermanos, debilitaron enormemente su salud. Hasta tal extremo llegó la decadencia corporal y anímica de la joven, que sus hermanos, condolidos, decidieron llevarla a una ermita que había a unos

<sup>24</sup> *Idem*, p. 484.

<sup>25</sup> *Idem*, p. 286.

nueve kilómetros del lugar, dedicada al apóstol San Bartolomé, para ofrecer una novena por su curación en el día de su fiesta (24 de agosto de 1570). Ana llegó hasta allí en brazos de uno de sus hermanos porque no se sostenía en pie, pero nada más entrar en la ermita se sintió repentinamente curada. En gratitud al buen apóstol San Bartolomé, que ella consideró siempre el artífice de su curación, le eligió para su nuevo nombre de carmelita.

Entretanto, las monjas de Ávila le escribían una y otra vez anunciándole que ya tenían el permiso necesario para recibirla, pero sus hermanos no se acababan de decidir. Así lo relató Francisca:

*Las monjas que se habían aficionado tanto a ella, escribían cartas y más cartas diciendo que se la llevasen, que ya tenían licencia para recibirla. Los hermanos, como la veían con aquella vida tan estrecha, que antes les servía de tormento que de alivio, y ella que no los dejaba un punto de dar prisa porque la llevasen a su descanso, cumplidos dieciocho años de su edad, salió de aquel miserable pueblo llena de gozo y alegría, día de las Ánimas<sup>26</sup>.*

María de San Jerónimo también recordó estos momentos:

*En este tiempo dábamos prisa de nuestra casa, porque teníamos ya la licencia, y habían dado la palabra de traerla para Todos los Santos<sup>27</sup>.*

TERESA FUNDANDO EN SALAMANCA,  
Y ANA, ¡AL FIN!, FREILA EN EL CARMELO DESCALZO

Tal y como revelan todos los testimonios conservados, en el invierno de 1570, mientras Teresa llevaba a cabo su fundación del monasterio de San José de Salamanca el día 1 de noviembre, festividad de Todos los Santos, al día siguiente, 2 de noviembre, Ana ingresó feliz en el monasterio de San José de Ávila.

<sup>26</sup> *Obras completas*, Roma, p. 787.

<sup>27</sup> *Idem*, 740.



Efectivamente, al tiempo que Ana vencía sus últimas luchas familiares, Teresa se enfrentaba a su séptima fundación en la ciudad de Salamanca. Ella misma relata esta azarosa fundación en su libro de *Las fundaciones*:

*Acabadas estas dos fundaciones, torné a la ciudad de Toledo adonde estuve algunos meses, hasta comprar la casa que queda dicha y dejarlo todo en orden. Estando entendiendo en esto, me escribió un rector de la compañía de Jesús de Salamanca diciéndome que estaría allí muy bien un monasterio de estos, dándome de ello razones; aunque por ser muy pobre el lugar, me había detenido hacer allí fundación de pobreza. Mas considerando que lo es tanto Ávila y nunca le falta (ni creo faltará Dios a quien le sirviere, puestas las cosas tan en razón como se pone, siendo tan pocas y ayudándose del trabajo de sus manos), me determiné a hacerlo [...] Llegamos víspera de Todos Santos habiendo andado harto del camino la noche antes con harto frío y dormido en un lugar estando yo bien mala*<sup>28</sup>.

Mientras esto sucedía en Salamanca, en Almendral de la Cañada se preparaba la despedida de Ana. Aun la víspera de la partida la joven tuvo gran angustia e incertidumbre al ver que llegaba el momento de preparar el viaje a Ávila y nadie hacía alusión a su marcha:

*No fue esto sólo, que al tiempo que me habían de llevar al monasterio como estaba concertado para Todos los Santos, un día, antes, estando a la tabla todos juntos, no me decían nada. Yo dije qué se hacía de mi ida, era ya la hora de partir. Me dijeron no estaba aparejado. Yo me afligí mucho y dije: «Si mis padres fueran vivos, mejor me consolaran»*<sup>29</sup>.

Por fin amaneció el día soñado, y Ana, que desde su niñez había escuchado su llamada a otra vida de clausura y soledad, partió camino de Ávila dejando atrás para siempre los montes y campos de

<sup>28</sup> *Fundaciones* 18, 1.3.

<sup>29</sup> *Obras completas*, Burgos, p. 486.

su infancia, el paisaje tan querido y familiar, y, sobre todo, a una de las personas más asentadas en su corazón: su prima Francisca a quien sentía como parte de su propio yo. Pero la pena ante la separación definitiva fue amortiguada por la certeza de saber que el hilo que las unía se estrechaba indefinidamente. Fue Francisca quien relató la sorpresa e incredulidad de los vecinos ante la visible felicidad que embargó a Ana en el adiós:

*Y la gente que estaba para despedirse de ella, espantados de ver el gozo y la alegría con que se despedía de todos, les causó extraña ternura y devoción. Con esto dejó el cautiverio de Egipto y entró en la tierra de promisión*<sup>30</sup>.

Al final de ese camino sin retorno, tras el mediodía del 2 de noviembre de 1570, Ana ingresó en el convento de San José y aseguró que *quedé toda como en un cielo*<sup>31</sup>. La joven pastora pidió protección a todos los Santos y a las Ánimas en el día que se celebraba su festividad, y cruzó el umbral del monasterio de San José haciendo realidad los increíbles presagios de sus sueños, y queriendo vivir el resto de su vida encerrada entre sus recios muros formando parte de su comunidad:

*Llegóse el día de Ánimas, a las cuales yo tenía gran devoción y les había rezado muchas veces y había hecho decir algunas misas y principalmente por un año entero, porque ellas me alcanzasen el cumplimiento de mi deseo, que era de ser monja. Y en él entré a serlo en el monasterio de San José de Ávila, con que se acabaron todas mis turbaciones, tentaciones, miedos y desasosiegos, hallando mi centro, descanso y gloria*<sup>32</sup>.

Curiosamente se da la coincidencia de que, tanto Ana como Teresa, cruzaron las puertas de un convento de Ávila para tomar el hábito religioso y retirarse del mundo en la misma fecha, 2 de noviembre, pero con treinta y cinco años de diferencia y casi a la

<sup>30</sup> *Obras completas*, Roma. t. I, p. 787.

<sup>31</sup> *Obras completas*, Burgos, p. 487.

<sup>32</sup> *Idem*, p. 295.

misma edad —Teresa con veinte años y Ana con veintiuno—. Las dos querían tener a las Ánimas como protectoras y salvaguarda en esta difícil decisión. Sin embargo, a pesar de esas similitudes había una clara y notoria diferencia: Teresa, al cruzar el umbral del monasterio de la Encarnación, buscaba la salvación de su alma en el «medio retiro» de un convento mitigado donde mantener su status y una cierta autonomía. Sin embargo, Ana abrazó gozosa la total clausura del Carmelo de San José para vivir en plenitud su doble ideal. Por un lado, su íntimo deseo de vivir la presencia divina, de tranquilo encuentro con Aquel que desde niña sentía a su vera y a quien cada día tenía que abandonar para volver al mundo y atender sus exigencias, y, por otro lado, un ideal externo de pleno servicio a los demás, de entrega a la comunidad, vocación ésta que se enmarcó perfectamente en su asignación como hermana lega. Ana, desde su ingreso en el Carmelo, hizo del profundo sentido de la palabra servicio el eje sobre el que giró su vocación religiosa.

Aquel atardecer del 2 de noviembre de 1570 toda la comunidad, con su priora María de San Jerónimo a la cabeza, recibió con alegría a la joven y humilde campesina, que, al traspasar la puerta reglar, abandonaba feliz e ilusionada los apellidos que durante dieciocho años acompañaron su nombre para, en agradecimiento al apóstol que curó su enfermedad, iniciar su vida de carmelita llamándose Ana de San Bartolomé.

#### NOVICIADO DE ANA

Sin embargo, al comienzo de su noviciado ocurrió algo para ella totalmente inesperado. Nunca imaginó que después, muy poco tiempo después de sentir que estaba en *su* cielo, esa presencia divina que sentía casi consustancial a ella misma, repentinamente desaparecería como se esconde el sol dando paso a la noche, a una larga ausencia de luz. Entonces, esa seguridad tantas veces manifestada en su lucha familiar por llegar al monasterio de San José, se quebró como un cristal. Muchos años después revivió ante el papel su tierno e ingenioso diálogo con el Señor aquellos difíciles días:

*Y en pocos días que estuve allá se me escondió el Señor y me quedé a oscuras. Yo estaba bien desconsolada, y decía: «¡Ay, Señor! ¿Qué es esto? ¿Cómo me habéis dejado? Si no os conociera, pensara que me habíais engañado, y si pensara os habíais de ir, no viniera al monasterio». Esto me duró todo el año del noviciado<sup>33</sup>.*

*Mas poco me duró esa quietud, que luego se me acabaron todos los gustos y regalos que en la oración tenía, la presencia amorosa de Dios en que continuamente andaba, la alegría espiritual, sosiego y quietud interior que había siempre sentido, y me quedé con tanta sequedad, frialdad de espíritu, desabrimiento interior, que me duró todo el año entero del noviciado, con gran turbación que si había de perseverar o me habían de echar del monasterio, o me había de condenar en vida tan desabrida, o me venía esto de algunos pecados ocultos que yo no entendiese. Con esta congoja me puse tan flaca y desmayada que no lo sabría decir<sup>34</sup>.*

También María de San Jerónimo hizo referencia a este periodo de sequedad:

*Otro ejercicio la dio el Señor, para aguarle el gran contento que tenía. Y, fue que en todo el año de noviciado, se le quitó aquella compañía que traía en el campo de la presencia de Dios. De esto sentía mucha soledad y decía: «Señor, si se puede decir, diría que me habíais engañado en traerme al monasterio y haberos escondido<sup>35</sup>.*

Y Ana describe cómo ante esa inesperada decepción, llena de timidez y angustia, se dirigió a María de San Jerónimo en busca de consuelo para sus aflicciones, ya que además de priora era la maestra de novicias:

*Mas Nuestro Señor me mortificó muy bien, que en todo el año del noviciado se me escondió y tenía grandes sequedades.*

<sup>33</sup> *Idem*, p. 337.

<sup>34</sup> *Idem*, p. 295.

<sup>35</sup> *Obras completas*, Roma, p. 741.

*Yo me afligía más que de los trabajos pasados. Y díjele un día: «Señor, parece que me habéis engañado en traerme aquí y dejarme sola. Si yo pensara estar sin vuestra vista, no viniera, que por teneros con más libertad he venido». Y díjelo a mi maestra y rióse mucho de mi simplicidad, consolándome que presto volvería el Señor. Y así fue, que en acabando el año del noviciado, volvió su divina presencia como de antes. Este año del noviciado me pusieron en hartas actividades y ejercicios, porque la casa estaba pobre y traían obra. Yéndose los oficiales a comer, trabajaban todas en lo que podían, mas como yo estaba moza y de fuerzas, me ofrecía y érales de gusto; que me dejaban algunas veces sudar dos o tres horas<sup>36</sup>.*

Sin duda, María de San Jerónimo aplicó en esta ocasión todas las enseñanzas aprendidas directamente de su buena maestra, Teresa de Jesús, en cuanto a la dirección y el consejo de sus hijas. La Santa siempre recomendó tener atareadas a aquellas monjas que demostrasen periodos de excesivo fervor o turbaciones, para evitar así que cayesen en tristezas y melancolía. A esta situación personal de Ana se sumó la incomodidad de que el monasterio estaba en obras, ya que Santa Teresa no había cejado en su empeño de ir adquiriendo casas y palomares colindantes para ampliar el reducido espacio de su primera fundación.

#### ANA Y TERESA: EL ENCUENTRO

Fue en el intervalo entre la Navidad de 1570 y la primavera del 71, cuando la Santa ultimaba su fundación de Salamanca e iniciaba las gestiones de la de Alba de Tormes y discurría el noviciado de Ana, cuando tuvo lugar el feliz encuentro de Teresa de Jesús con la joven freila en el convento de San José de Ávila. Este encuentro que marcó sus vidas ocurrió en fechas cercanas a uno de los éxtasis más famosos y documentados de Teresa de Jesús, que tuvo lugar en

<sup>36</sup> *Obras completas*, Burgos, p. 487.

el Carmelo de Salamanca, concretamente el domingo de Pascua de Resurrección de 1571. Tras escuchar a la joven novicia Isabel de Jesús entonar el cantarillo popular *Véante mis ojos*, Santa Teresa entró en un profundo arrobamiento, uno de los muchos que jalona-ron su azarosa vida, y, al salir de él, escribió un poema considerado de talante muy subido que, tradicionalmente, se ha vinculado con el famoso *Vivo sin vivir en mí*.

El encuentro entre la Santa y la Beata inició una mutua corriente de simpatía y buen entendimiento, que se fue acrecentando a lo largo de los años, como una semilla que crece en terreno fértil y abonado. Ana lo relata así:

*Y cuando vino, estaba novicia, y luego el mismo día que entró en casa me abrazó en viéndome y dijo: «Aunque sea novicia, llévenla a mi celda, que quiero que sea mi compañera». Mas esto yo lo tomé como de gracia, aunque se hizo como lo decía, que me fui a dormir con ella y tenía cuidado de servirla en lo que había menester<sup>37</sup>.*

Pero el primer encuentro fue breve. Teresa estaba inmersa en un continuo ir y venir de una fundación a otra, y pronto volvieron a distanciarse por un largo periodo, ya que, en octubre de 1571 la Madre Teresa se hizo cargo, muy a su pesar y por mandato de sus superiores, del priorato del monasterio de la Encarnación. Para ella fue una dura orden, porque hacía nueve años que había salido de allí para fundar el pequeño convento de San José. A pesar de que el monasterio de la Encarnación era la cantera de la que salían monjas ya curtidas con las que apuntalaba su hazaña fundacional, sabía que la mayoría de la comunidad la criticaba y no la aceptaba como priora. Difícil situación que Teresa de Jesús supo enfrentar y superar extraordinariamente, como cuantas empresas acometió, segura de ser un instrumento de la voluntad divina.

Fue debido a este conflictivo priorato por lo que la Santa no estuvo presente en la sencilla ceremonia de profesión religiosa de la joven Ana de San Bartolomé el 15 de agosto de 1572, tal y como consta en el *Libro de Profesiones* del convento de San José, donde

<sup>37</sup> *Idem*, p. 534.

ella firmó con una simple cruz. Pero, desde el cercano convento abulense, Teresa de Jesús se ocupó personalmente de todo lo concerniente a este entrañable acto:

*Y cuando profesé, estaba en la Encarnación, que es cuando la tornaron a reformar aquel monasterio. Desde allá mandó que me diesen la profesión [...] y mandó que me la diesen el día de Nuestra Señora de la Asunción, y envió desde allá a decir lo que se había de hacer, como Madre de aquella casa, y envió un padre jesuita que predicase*<sup>38</sup>.

En 1574 Teresa terminó su trienio como priora de la Encarnación y, después de fundar en Segovia, regresó al convento de San José, donde felizmente se reencontró con la joven hermana lega y quiso que la acompañase a realizar la fundación de Beas del Segura. Sin embargo, el delicado estado de salud en que se encontraba la Beata hizo que la Santa aplazase el viaje de Ana hasta que se encontrase mejor. Pero la salud de Ana, víctima de fuertes crisis espirituales, no mejoró y a la fundación de Beas del Segura siguió la de Sevilla sin que la Beata pudiera reunirse con la Madre como ésta tanto deseaba:

*Duróme esta enfermedad todo el tiempo que nuestra Santa estuvo en Beas y en Sevilla. Y un día dije al Señor que me llevase si era servido o me diese una salud moderada que pudiese yo traer ejercicio de padecer y no me estorbare de servir a las hermanas*<sup>39</sup>.

Eran los tiempos en que se agravaron profundamente los problemas internos de la Orden del Carmen. Fue en tierras andaluzas donde la Santa sorbió a duros tragos el sentido agri dulce de la vida. En Sevilla tuvo la inmensa alegría de reencontrarse con su hermano Lorenzo, que después de muchos años de separación, regresaba a la patria rico y acaudalado por su participación en la Conquista del Nuevo Mundo. Él fue siempre, sin lugar a dudas, uno de los garan-

<sup>38</sup> *Idem*, pp. 534-535.

<sup>39</sup> *Idem*, p. 492.

tes económicos más firmes en las tareas fundacionales de su hermana. Lorenzo regresó a la patria con sus hijos y, desde entonces, Teresa se hizo cargo de la educación de su pequeña sobrina ecuatoriana Teresita. La niña pasó grandes temporadas en compañía de su tía y, a la muerte de ésta, profesó con su nombre, Teresa de Jesús. Fue una de las carmelitas que mejor conoció a la Beata, sobre la que escribió una importante *Relación*. Desde luego, en tierras andaluzas, el soñado abrazo con su hermano y su familia llenó de felicidad y nuevas energías a Teresa. Pero también fue en Sevilla donde recibió una de las ordenes más tristes de su vida, cuando la conminaron a retirarse a uno de sus conventos y no fundar más.

Ante la gravedad de la situación la Madre Teresa, cansada y entristecida, se retiró, en julio de 1577, a su querido San José abulense, que entonces pasó de depender de la jurisdicción del Obispo de Ávila a la jurisdicción de la Orden del Carmen. Nada más pisar su primer Carmelo reclamó la presencia de Ana en su celda y ya no se separaron nunca más:

*Y la Santa volvió de Sevilla. Hallome tal que parecía estaba toda descoyuntada, y díjome la Santa aquella noche que llegó: «Hija, véngase a mi celda, aunque al presente esté enferma». Y, al parecer, no estaba para servirla<sup>40</sup>.*

Con la cercanía comprobó que la joven seguía aquejada de fuertes presiones espirituales que ya hacían honda mella en su antaño robusta salud, trocando su fuerte constitución de recia campesina castellana en un ser enfermizo. Pronto reconoció en algunas tribulaciones que angustiaban a la joven freila las suyas propias de otros tiempos lo que acrecentó aún más el cariño y la empatía entre ambas. La Santa, gran concedora por experiencia propia de éste tipo de padecimientos psicosomáticos, encaró directamente el problema llenando el tiempo de Ana de incesante actividad en bien de las demás, convencida de que esto curaría su mal. Por ello, la mandó hacerse cargo de múltiples tareas, entre ellas el cuidado de las enfermas. Cuando comprobó su buen hacer en este cometido la nombró priora de las enfermas:

<sup>40</sup> *Idem*, p. 343.



*En este mismo tiempo vino nuestra Santa de Sevilla. Y como me halló tan flaca, llamome a su celda, consolándome y trayéndome la mano por el rostro, y diome ánimo mandándome que me esforzase y fuese a dar de comer a unas enfermas [...] Me dijo: «Ande, mi hija; sea buena enfermera desde ahora y no me venga a pedir licencia para lo que hubiere menester. Sea priora de ellas, que el Señor la ayudará»<sup>41</sup>.*

Efectivamente, en ese quehacer encontró Ana la más plena realización de su vocación de servicio, y mostró siempre un especial carisma para el cuidado de los cuerpos enfermos y las almas doloridas. Pero, ciertamente, eran muchas las ocupaciones de Ana y ella paliaba su falta de tiempo robando horas al sueño para recogerse y orar:

*Mas el trabajo de los oficios —que era portera, enfermera y hacía la cocina, y no sé cómo podía ser que acudía a todo como sin pena— esto no me quitaba el espíritu, mas el recogimiento me impedía; mas a las noches, cuando cesaban las actividades, los tenía. Y mandome nuestra Madre, que en tañendo la campana a dormir, que no rezase más, que dijese al Señor que no tenía licencia; así lo hacía. Decíale: «Señor, bien os podéis ir de mí, que la obediencia me manda que duerma»<sup>42</sup>.*

Efectivamente, cuando la Santa tuvo conocimiento de que dedicaba muchas de sus horas de sueño a la oración, sabiendo lo importante que es un mínimo de descanso para conservar la salud, le dio una orden concisa y tajante, que Ana reflejó con gran candidez en sus autobiografías:

*Y como no dormía, díjome un día nuestra Santa: «Hija, en tañendo a dormir, quite la oración y duerma». Y era cosa maravillosa, que el Señor obedecía a la prelada y me dejaba dormir hasta que nos llamaban a la mañana»<sup>43</sup>.*

<sup>41</sup> *Idem*, p. 494.

<sup>42</sup> *Idem*, pp. 498-490.

<sup>43</sup> *Idem*, p. 341.

La Navidad de aquel año, 1577, a pesar del regreso definitivo de la Santa, fue especialmente atribulada y triste en el monasterio de San José de Ávila. A primeros de diciembre los frailes calzados apresaron en el monasterio de la Encarnación al joven fray Juan de la Cruz, a quien la Santa había llamado para confesor de las carmelitas calzadas cuando ella fue priora allí, y lo habían conducido a la prisión conventual de Toledo. En ese momento álgido de la Reforma Santa Teresa no dudó en empuñar la pluma y escribir al rey Felipe II informándole de las injusticias que acontecían en su reino y rogándole su intercesión para la liberación del pobre fraile descalzo<sup>44</sup>. Y, en mitad de esta pesadumbre, el día de Nochebuena, la Santa se cayó por una escalera del convento —llamada desde entonces «escalera del diablo»— y se rompió el brazo izquierdo, lo que la incapacitó en gran medida para manejarse por sí misma. Aquel penoso fin de año Ana de San Bartolomé enjugó con cariño las impotentes lágrimas de la Fundadora ante tantos desatinos, compartió su angustia por el encarcelamiento de San Juan de la Cruz —quien logró escapar a mediados de agosto de 1578— y, hasta el fin de sus días, se convirtió en su fiel auxilio, en su sombra.

#### ANA, COMO TERESA, ANDARIEGA DE CAMINOS

En 1580 cesaron los problemas de la Orden que tanto afligían a Teresa de Jesús. Los nubarrones sobre el Carmelo Descalzo comenzaron a disiparse y la autorizaron a emprender nuevas fundaciones. Y así Ana, ante su asombro, vio cómo se cumplía una locución interior que había experimentado hacía años cuando, débil y enferma, no pudo acompañar a la Santa a fundar en Sevilla, así lo relató ella misma:

*En este tiempo se fue nuestra Santa a Sevilla y no me pudo llevar consigo. Y como había tanto deseado trabajos, dije al Señor: «Señor, yo os he pedido trabajos, mas ahora que veo los doy a la comunidad, deseo que me los deis, que serán para mí a solas y de manera que pueda servir a las*

<sup>44</sup> Ávila, 4 de diciembre de 1577.

*hermanas y no darlas trabajo; yo los quiero para mí». Díjome el Señor: «Yo haré lo que me pides, tendrás en qué padecer en compañía de mi amiga Teresa; los pasaréis las dos por los caminos»<sup>45</sup>.*

Y, efectivamente, desde 1580 en que la Santa retomó su labor fundacional, siempre que cruzó el umbral del convento de San José lo hizo con Ana de San Bartolomé a su lado. Una vez más se repitió la historia, y Ana, que, como Teresa un día, buscó entre los firmes muros del convento de San José aislarse del mundo y vivir una vida de pleno retiro escondida del mundanal ruido, a partir de entonces se vio abocada, al lado de Teresa y por amor a ella, a una vida sin sosiego ni descanso. En sus innumerables viajes recrearon la clausura conventual en carretas, posadas y caminos, y cambiaron la soledad claustral por la plena libertad de la Naturaleza. Los campos floridos fueron mudos testigos de sus oraciones y letanías y el cielo azul infinito cobijó sus pesadumbres y alegrías. Teresa aludió a la compañía de Ana en el libro de las *Fundaciones*:

*Íbamos conmigo cinco monjas y una compañera que ha días que andaba conmigo, freila, mas tan gran sierva de Dios y discreta, que me puede ayudar más que otras que son del coro»<sup>46</sup>.*

Y, así, un buen día, Teresa y Ana salieron del monasterio de San José de Ávila y emprendieron juntas su camino de infatigables andariegas visitando el resto de Carmelos ya fundados y dando vida a las cuatro últimas fundaciones teresianas, que fueron testigos de excepción del caminar acompasado de estas dos mujeres y, especialmente, de las atenciones y los exquisitos cuidados de Ana con la Madre, ya cansada y achacosa por los años. Entonces la querida compañera y enfermera se convirtió también en andariega de senderos y caminos:

*Esta pobre hermana en los caminos gozó bien de lo que el Señor le había dicho: que en compañía de la Santa pasaría*

<sup>45</sup> *Idem*, p. 343.

<sup>46</sup> *Fundaciones* 29, 10.

*penas y trabajos. Y así fue, que como la Santa en los cinco y seis años postreros de su vida anduviese ya tan falta de salud y con un brazo roto —que ni se podía vestir ni tocar, mas podía con el otro escribir algunas cartas porque tenía sano el derecho—, así que traía esta hermana el peso de los trabajos de la Santa en los caminos y fundaciones, que en este tiempo se hicieron cuatro de nuevo, Villanueva de la Jara, Palencia, Soria y Burgos, y todos los hechos visitaba la Santa en compañía de esta hermana, que eran distantes unos de otros, que había hartas leguas y tierras que andar y se pasaban los meses enteros*<sup>47</sup>.

En una de estas visitas, concretamente en el Carmelo de Salamanca, Teresa, que a sus muchas obligaciones añadía cada día el pequeño suplicio de contestar una innumerable correspondencia, solicitó la ayuda de Ana en este menester, y ésta, casi sin darse cuenta, se convirtió también en su afanosa secretaria. Sin duda, Ana sumó a los conocimientos que de niña aprendió en Almendral la perfecta imitación de la letra de la Santa, imitación tan fidedigna, que en ocasiones era difícil distinguir la grafía de una y de otra y algunas monjas creían ser de la propia Santa misivas escritas por Ana en su nombre. En este papel de secretaria la loa Santa Teresa en una carta al padre Gracián: *Ana de San Bartolomé no cesa de escribir; harto me ayuda*<sup>48</sup>. La Beata también relató emocionada todas estas vicisitudes compartidas:

*Que esta hermana no descansaba en cama, sino se arribaba un poco junto a la cama de la Santa, y de día y de noche era un continuo cuidado del servicio de su Madre, así de ayudarla y alentarla en sus enfermedades como de despacharle cartas en los negocios que se le ofrecían. Y esto se hacía como si no hiciera nada, del consuelo que Dios le daba y fuerzas de andar en aquella santa compañía; ni le hacía falta el sueño; aunque no le tuviese dos horas con sosiego, siempre parecía estaba su espíritu vigilante y tan superior al*

<sup>47</sup> *Obras completas*, Burgos, p. 503.

<sup>48</sup> Ávila, 4 de diciembre de 1581, 6.

*natural, que no sentía pena ni cansancio con el amor que tenía a la Santa y gusto grande de ayudarla a llevar todo lo que era trabajo. Y decía muchas veces que no le daban trabajo las cosas de ver el amor con que esta pobre hermana la servía*<sup>49</sup>.

Cuando Ana de San Bartolomé afrontó relatar su vida dejó que el profundo cariño destilase por su pluma:

*Verdaderamente era un cielo servirla, que la mayor pena era verla padecer, que serían poco más o menos catorce años. Porque desde que entré a tomar el hábito me llevó a su celda, siempre estuve con ella, sino fue en tanto fue a Sevilla, que, como queda dicho, quedé enferma. Y todo este tiempo no me parecía un día, y la Santa estaba ya tan acomodada a mi pobre y grosero servicio, que no se hallaba sin mí*<sup>50</sup>.

De su gran papel de intercesora entre la Santa y sus carmelitas también dejó constancia María de San Jerónimo:

*Y diola el Señor tanto crédito con las personas que trataba, particularmente con las monjas, que por los monasterios que andaba con la santa Madre, lo que ellas deseaban acabar con ella, la tomaban por medio; y así, cuando algo se ofrecía de disgusto con las monjas, ella lo componía luego, y en cada casa que la Santa iba, deseaban se quedase allí*<sup>51</sup>.

#### EL OCASO DE TERESA DE JESÚS

Pero el camino compartido por ambas iba llegando a su fin. En noviembre de 1581 San Juan de la Cruz llegó a las puertas del convento de San José, y allí rogó a la Santa que le acompañase a fundar el Carmelo de Granada. Pero Santa Teresa rehusó acompa-

<sup>49</sup> *Idem*, pp. 503-504..

<sup>50</sup> *Idem*, pp. 353-354.

<sup>51</sup> *Obras completas*, Roma, p. 755.

ñarle porque se había comprometido con el padre Gracián para fundar en Burgos. Ana fue testigo de excepción del último encuentro de los dos Santos en este mundo. San Juan de la Cruz partió apenado de Ávila y encaminó sus pasos hacia el sur; en Beas recogió a la venerable Ana de Jesús, con quien llevó a cabo la fundación del Carmelo de Granada. La Santa, después de celebrar la Pascua de su última Navidad en el nido de su reforma, que ella llamaba cariñosamente *mi palomarcico de San José*, salió una fría mañana de pleno invierno castellano, el 2 de enero de 1582, camino de Burgos, su última y tan penosa fundación.

La marcha de aquella mañana se asemejaría a las despedidas de tantos otros viajes a lo largo de los últimos años. Desde 1567 (salvo el breve «impás» en que se sometió a la orden de no fundar) Teresa no había cesado de salir y entrar por la puerta del monasterio de San José de Ávila. Había traspasado su umbral innumerables veces, de ida y de vuelta, llegando y saliendo feliz y agotada, alegre y entristecida, sana y tullida por la enfermedad, entusiasmada con sus proyectos y desilusionada con los vaivenes humanos, pero siempre llena de vida. Pero aquella mañana de enero, cuando una vez más traspasó el umbral de su convento de San José, sin ella saberlo, se estaba despidiendo de su fundación más querida. Teresa de Jesús inició entonces junto a Ana de San Bartolomé un camino sin retorno; la muerte la estaba esperando el otoño de aquel recién estrenado año en una celda de su convento de Alba de Tormes, llamado de La Anunciación.

Como colofón de su vida, a lo largo de esos diez meses finales Teresa tuvo que padecer las amargas estaciones de su propio Vía Crucis, experimentar la tremenda soledad del Huerto de los Olivos, la negación de sus seres más queridos. En definitiva sentir en su alma cansada y dolorida la angustia y la soledad del Señor en Getsemaní, experimentar ella misma ese pasaje bíblico en el que desde niña meditaba tan a menudo.

Durante su larga estancia en Burgos, cansada y enferma, se enfrentó a enormes problemas fundacionales hasta que el arzobispo de Burgos cesó en su incomprensible oposición y dio la necesaria licencia para fundar. La Beata aseveró que la Santa apenas citó en sus libros los muchos contratiempos a los que se enfrentó en las fundaciones:

*Si yo hubiera de decir los trabajos que padeció los años que anduve con ella, no acabaría, que no es nada lo que se cuenta en sus libros, y lo que pasó en Burgos, que fue la postrera fundación que hizo, no es nada lo que se cuenta; a las veces de pobreza, que nos faltaba la comida y las cosas necesarias<sup>52</sup>.*

En aquellos días Ana intentaba aliviar cuanto podía los padecimientos físicos y anímicos de la Santa y se desvivía por atenderla:

*Yo, de que se dormía, me arrimaba pasito a par de su cama sentada, y cuando me llamaba, hacía que venía de nuestra cama, y decíame la Santa: «¿Cómo, hija, vienes tan presto?» Otras veces la dejaba durmiendo y me iba a lavar sus paños, que como estaba enferma, tenía yo consuelo de darla limpio. Era muy agradable a ella la limpieza. Yo me estaba muchas noches sin dormir, y no me hacía falta el sueño, por darla contento, yo le tenía muy grande hasta su muerte [...] Yo me hallaba tan buena y consolado mi espíritu como si durmiera toda la noche y comiera regaladamente. Esto hacía el Señor por el consuelo de la Santa, que si ella sintiera que me hacía mal el trabajo, le diera mucha pena<sup>53</sup>.*

Al fin, el 26 de julio de 1582, festividad de Santa Ana, Teresa y Ana salieron de Burgos camino de Palencia, donde pasaron un mes. De allí salieron el 25 de agosto hacia Valladolid, donde la Santa tenía que resolver los graves problemas familiares ocasionados por el reparto de la herencia de su querido hermano Lorenzo. En el Carmelo vallisoletano vivió una de las jornadas más amargas de su vida, cuando se enfrentó con parte de su familia y con la priora de aquel convento, María Bautista, una de sus hijas más queridas. Hacia veintidós años que, viviendo con su tía en su celda del monasterio de la Encarnación, la había animado a fundar el convento de San José de Ávila aportando su propia dote para ello, y ahora, al final de su vida se enfrentaba amargamente a ella. El sábado 15 de septiembre de 1582,

<sup>52</sup> *Idem*, p. 349.

<sup>53</sup> *Idem*, p. 350.

con ese dolor como plomo que le pesaba en el alma partió para Medina del Campo en busca de sosiego y calor. Allí se encaró, de nuevo, con otra de sus prioras, Ana de San Alberto.

En esos momentos de íntimo desaliento, enferma y deseosa de emprender el camino de regreso a Ávila, a su primer y adorado palomarcico, recibió otra contrariedad: la orden de fray Antonio de Heredia, uno de sus primeros carmelitas descalzos, de que acudiese sin demora a Alba de Tormes para estar presente en la nacimiento del nieto de la duquesa de Alba. La Santa pensó que podría pasar primero por su querido convento de Ávila, pero la orden fue tajante e inminente. Teresa la cumplió, pero enferma y agotada confesó a su fiel Ana:

*En mi vida no he sentido la pena que llevo en hacer este camino*<sup>54</sup>.

Partió de Medina del Campo camino de Alba de Tormes totalmente desfallecida y con el ánimo peor que cuando había llegado en busca de sosiego y descanso. El viaje fue tremendamente azaroso, y la Santa se agravaba por momentos ante la zozobra y la impotencia de su compañera y confidente. El 20 de septiembre de 1582 llegaron a Alba de Tormes y en el convento, al que llegó herida de muerte, la vida de Teresa se fue apagando durante catorce días como la tenue luz de un candil.

Fueron días difíciles y momentos dolorosos para Ana de San Bartolomé, que no quería separarse ni un momento de la Santa, prodigándole a cada instante su profundo cariño y sus tiernos cuidados a la vez que, interiormente, intentaba aceptar el hecho inminente de la dolorosa separación:

*Los cinco días que estuvo allí en Alba antes de morir, yo era más muerta que viva [...] No me apartaba un momento de ella, pedía a las monjas me trajesen lo que había menester; yo se lo daba, porque en estarme allí la daba consuelo*<sup>55</sup>. Y el día que murió, que no podía hablar, la puse toda de limpio

<sup>54</sup> *Idem*, p. 504.

<sup>55</sup> *Idem*, p. 354.



*tocas y mangas; y mirábase como estaba limpia, y mirándome a mí se rio, que por señas me lo agradecía*<sup>56</sup>.

Sin duda, Ana de San Bartolomé fue para Teresa un dulce bálsamo en esas horas de dolor, de dolor físico y moral. Realmente, cuando la defraudaron quienes ella tanto quería, y sentía que se moría lejos de su querido San José de Ávila, Ana estaba ahí, cariñosa y fiel, siempre a su lado, compartiendo su vida.

En el único instante que durante todos esos días Ana se alejó de su lado, la Santa la buscó con tal desasosiego en la mirada que los que allí estaban fueron a buscar con urgencia a la dulce hermana freila. Los ojos de Teresa resplandecieron al verla llegar, al contemplar de nuevo el rostro ansiado y querido. Fue entonces cuando, en el sutil límite entre la vida y la muerte, Santa Teresa cobijó su cabeza entre los firmes brazos de Ana de San Bartolomé para entregarle su último abrazo, su último halo de vida en el momento supremo de la despedida. Sin duda, este entrañable gesto fue un delicado reconocimiento a tantas atenciones y cuidados, un sublime testimonio de infinita amistad en el preciso momento en que su alma partía feliz al encuentro con su Amado. Así lo describió la propia Beata:

*Y en yéndome, no sosegaba la Santa, sino mirando a un cabo y a otro. Y díjola el padre si me quería, y por señas dijo que sí, y llamáronme. Y viniendo, que me vio, se rio; y me mostró tanta gracia y amor, que me tomó con sus manos y puso en mis brazos su cabeza y, allí la tuve abrazada hasta que expiró, estando yo más muerta que la misma Santa*<sup>57</sup>.

Fue la noche del 4 de octubre de 1582, festividad de San Francisco de Asís. Precisamente esa madrugada, por orden de Felipe II, entraba en vigor el nuevo calendario gregoriano que adelantaba diez días la fecha; por eso amaneció el día 15 de octubre, día en que se celebra la festividad de Santa Teresa de Jesús.

Ana comenzó a vivir su vida sin Teresa, a aprender a sentirla a su lado sin su presencia. Para ella fue un nuevo e incierto caminar,

<sup>56</sup> *Idem*, p. 350.

<sup>57</sup> *Idem*, p. 354.

porque habían sido muchos los años y el amor compartido. De ello nos dejó fiel constancia Teresita, la sobrina de la Santa, en su valiosísima *Relación*:

*He visto y experimentado la gran estima que tenía nuestra santa Madre de su espíritu, virtudes y modo de proceder, y que decía eran muy señaladas las mercedes que Dios la hacía, aconsejábale con ella, comunicaba y descansaba mucho más que con ninguna otra de las que la habían acompañado en sus trabajos y caminos, [...] parece imposible que fuerzas de mujer puedan llevar un mes las cargas que ella ha llevado treinta y cinco años; y los veinte y ocho ha que yo la he conocido y visto y sabido parte de lo que hizo y padeció en compañía de la santa Madre y en las fundaciones y caminos que la alcanzaron en aquellos tiempos venturosos acompañándola en sus aflicciones, acudiéndola en sus necesidades, regalándola con gran caridad y amor en sus muchas y últimas enfermedades con el mayor amor y estima de su santidad que se puede decir*<sup>58</sup>.

A partir de aquel histórico anochecer en Alba de Tormes, Ana se enfrentó a la vida sin Teresa; pero pronto recogió su antorcha y se convirtió en su testimonio vivo, en la fiel portadora de la herencia teresiana. Poco tiempo después regresó al convento de San José de Ávila y ayudó a su priora, María de San Jerónimo, como antes había ayudado a Teresa de Jesús. Ciertamente la acompañó en pos de nuevas fundaciones y, a la hora de su muerte, también recogió entre sus brazos su último suspiro.

#### EXPANSIÓN DEL CARMELO DESCALZO

En 1604 Ana de San Bartolomé fue elegida por sus superiores para llevar el espíritu del Carmelo Teresiano a Francia. Ella encabezó, junto con la venerable Ana de Jesús, la expedición de carmelitas descalzas que el 29 de agosto salieron de Ávila camino de París, adonde llegaron el 15 de octubre de ese año. Al poco tiempo

<sup>58</sup> *Obras completas*, Roma, t. I, pp. 774-775.

de su llegada tuvo que doblegar su voluntad al mandato de los superiores franceses que pronto exigieron de ella un íntimo sacrificio: la renuncia al velo blanco. Ana de San Bartolomé tuvo que ceder y abandonar su tan querida condición de hermana lega, de freila, para que impusieran sobre su cabeza el velo negro de monja de coro, que tantas veces le quiso dar la Santa y ella nunca había aceptado. Así, dolorida, lo confiesa:

*Acordándome que nuestra santa madre Teresa muchas veces en su vida me quiso dar el velo negro, pero como me hacía tanta caridad y me veía con tanta contradicción a ello, no me quiso apretar. Y sentía mucho que, habiendo resistido tanto a la Santa, me había de ver obligada de hacer por los extranjeros lo que no había hecho por darle gusto; y así, me hallaba muy confusa y con gran pena en mi alma y resuelta de no hacerlo de ninguna manera*<sup>59</sup>.

A pesar de su reticencia el 13 de enero de 1605 se rindió al mandato de la obediencia y le fue impuesto el velo negro de monja de coro. De este modo abandonó, la freila tan querida de la Santa, el velo blanco que durante tantos cubrió su cabeza y con cuyo significado profundo de servicio tanto se identificaba. Pero era necesario ser monja de coro para ser priora y fundadora de nuevos Carmelos franceses y servir, desde esa íntima renuncia, a la expansión de la obra de su querida madre y maestra Teresa de Jesús. Tres días después fundó el Carmelo de Pontoise, después fue priora del de París y, en 1608, fundó el Carmelo de Tours.

Ana de San Bartolomé vivió siete difíciles años en Francia, durante los cuales escribió importantes obras. Fueron años en los que sufrió enormemente por mantenerse fiel al carisma teresiano frente a las constantes injerencias de los superiores franceses, que, ajenos a la Orden del Carmen, querían manipular sus actuaciones. Por ello tuvo graves enfrentamientos con el cardenal Bérulle. En este difícil periodo, que la Beata describe como «noche oscura», siguió el ejemplo de su santa Madre, que componía versos tanto en momentos de gozo como de intenso dolor, y compuso uno de sus

<sup>59</sup> *Idem*, p. 577.

más bellos poemas, *Si ves mi pastor*, como una especie de reclamo a su Esposo y Señor en esas horas de honda tribulación:

*Mi alma andaba como en una noche oscura [...] Y estando una vez en mi celda con estas aflicciones, hice estas coplas que no sé cómo me vino a la memoria, que me entretuve con ellas*<sup>60</sup>.

#### SU PALOMARCITO DE AMBERES

Finalmente abandonó Francia camino de Flandes, donde, al amparo de la infanta Isabel Clara Eugenia —hija de Felipe II y Gobernadora de los Países Bajos— fundó el 6 de noviembre de 1612, con tan sólo cincuenta florines, el Carmelo de Amberes, del que fue priora hasta su muerte. Quince días después de la fundación, el 21 de noviembre, tomó el hábito su primera novicia flamenca, a la que dio el nombre de su santa Madre, Teresa de Jesús. A pesar de recuperar allí una vida de rigurosa clausura, ejerció una enorme influencia en la sociedad flamenca de la época, ya que fue consejera y gran amiga de la Infanta y de numerosos generales y soldados de los famosos Tercios de Flandes, que entonces luchaban en centroeuropa contra el imparable avance protestante. Buena prueba de ello es que muchos militares acudían al locutorio para pedirle unas letras suyas como coraza ante la batalla. En dos ocasiones, en 1622 y 1624, Amberes estuvo a punto de ser tomada por el enemigo y se consideró vencido el peligro gracias a las oraciones de la Beata; por ello fue reconocida como Libertadora de Amberes. De ahí que, aunque de forma indirecta, se relacione a la Beata con la famosa rendición de Breda, que tuvo lugar en 1625 y que tan magistralmente inmortalizó el genio de Velázquez en el conocido cuadro de *Las lanzas* expuesto en el Museo del Prado.

La Infanta la distinguió siempre con su cariño y enorme consideración. Una de sus damas que fue carmelita en Amberes y secretaria de la Beata, como testigo de excepción de la relación entre ambas testimonió la enorme confianza y seguridad que, en los

<sup>60</sup> *Idem*, p. 402.

momentos de mayor peligro, la Infanta tenía en la Beata. Por ejemplo, ante la amenaza de que las huestes protestantes invadieran Amberes contestó la Infanta a un capitán:

*Del castillo de Amberes ni de su vida no tengo ningún cuidado, porque estoy más segura con la defensa de las oraciones de la madre Ana de San Bartolomé que con cuantos ejércitos allí podía tener*<sup>61</sup>.

También relató admirada cómo la Infanta antes de visitar Breda tras la victoria, se detuvo en Amberes para estar con la Beata:

*Cuando esta última vez estuvo aquí para ir a Breda, con no haber de detenerse a la ida más de un día, ése no quiso pasarse sin venir a ver a nuestra madre y le mostró tal amor que parecía trataba Su Alteza con su propia hermana; y al salir se hincó de rodillas y le pidió la bendición besándole el escapulario. Y como habían dicho que había peligro de aquí a Breda todos estaban algo temerosos, y así Su Alteza cuando llegó a la puerta para salir llamó al marqués y a todos los demás caballeros, que estaba allí casi toda la corte y dijo a nuestra madre: «ahora dadnos la bendición a todos, y con esto no hay para qué temer ningún peligro». Y a la vuelta de Breda vino dos veces aquí con no haber querido ir a otro ningún convento aunque se lo habían suplicado [...] le pesaba no poder estar más con ella. Así se lo dijo Su Alteza misma a nuestra Madre y la honró siempre como todos saben*<sup>62</sup>.

Refiriéndose a este encuentro escribió la Infanta en una carta:

*Ayer pasé toda la tarde con la madre Ana de San Bartolomé, que está muy buena, y fue bonísima para mí*<sup>63</sup>.

Durante su vejez dorada en Amberes, Ana de San Bartolomé escribió multitud de cartas y lindos poemas, al estilo de su santa

<sup>61</sup> *Declaración de Clara de la Cruz*, ms. K. Archivo de las Carmelitas Descalzas de Amberes.

<sup>62</sup> *Idem*.

<sup>63</sup> *Carta al padre Domingo de Jesús María, Amberes a 11 de julio de 1625*. *Idem*, N. 5/10

Madre, como *Dos palomas vuelan hoy*, compuesto para conmemorar la profesión religiosa de dos carmelitas, en el que la Beata utiliza el bello símil de las novicias como dos palomas, siguiendo el gusto teresiano de llamar a sus conventos palomarcitos, o el villancico *Despertad de vuestro sueño* para celebrar la Navidad. Momentos en que la Beata se convertía en poetisa y, tal y como declaró una de sus hijas, *hacía canciones del cielo*<sup>64</sup>.

La Beata también admiró profundamente a San Juan de la Cruz y se sabía de memoria muchos de sus poemas. Prueba de ello es que escribió varias copias del *Cántico Espiritual* para darlo a conocer entre sus carmelitas extranjeras y que este alimento espiritual no se perdiera. Es de una finura sublime cómo, al finalizar su autobiografía de Amberes, cita textualmente una estrofa para describir el estado de su alma:

*Estando tres días otra vez con una oscuridad y apretura de alma que no sabía dónde estaba, y el día de San Mateo de este año de mil y seiscientos y veinticuatro fuime al coro por la tarde y senteme allí después de haber adorado el Santísimo Sacramento como yo pude. Y así como por una resquicio entra un rayo de luz en un aposento oscuro, así entró en mi alma una migajita de luz, y entendí que me decían: «El Esposo te quiere bien y no es contento de verte padecer», con esta pequeña luz, el espíritu se levantó, y salía diciendo este verso que dice la esposa en los Cantares algo disfrazada: «O cristalina fuente / si en estos tus semblantes plateados/ formases de repente/ los ojos deseados/ que tengo en mis entrañas dibujados!». Esto dio hartura a mi corazón, que tenía como hambre y flaquezas y que nada que veía y se presentaba me satisfacía, ni meditar no podía, como suele, que las meditaciones consuelan*<sup>65</sup>.

En sus últimos años (1620-1624) la Beata escribió sus dos autobiografías alternando la escritura con el gobierno del Carmelo y su vocación de servicio. Siempre que pudo, hasta el final de sus días,

<sup>64</sup> *Idem*.

<sup>65</sup> *Obras completas*, Burgos, p. 432.

se ocupó de la cocina, pues, como la Santa, era feliz entre los pucheros.

#### BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN DE TERESA DE JESÚS

En Amberes Ana gozó del reconocimiento y la compensación a tanto amor y sacrificio ofrecido en aras de la obra emprendida por su querida madre Teresa, de la que ella fue, toda su vida, testimonio y ejemplo vivo. En los procesos de beatificación y canonización de Teresa de Jesús aportó datos personales de excepcional valor y vivió con infinito gozo las celebraciones de la elevación a los altares de quien ella siempre consideró santa en vida. Fue en su querido convento de Amberes, mudo testigo de su vejez solidaria y maternal, donde Ana recibió la feliz noticia de la beatificación de Teresa de Jesús, la mujer que había guiado sus pasos y su alma:

*Ayer recibí una letra de España, que me dicen estaba ya venida la Bula de beatificación de nuestra santa Madre a España [...] Si ya está hecha la beatificación, ya no será peligro llamar la casa por su nombre. Todas estamos gozosas de estas nuevas y con deseos de tener este contento*<sup>66</sup>.

Y ciertamente fue ella, la pastorcita de Almendral de la Cañada, la fiel hermana lega convertida en fundadora y priora de Carmelos extranjeros, quien primero dedicó en el mundo un Carmelo a la advocación de su venerada Madre. Así, el Carmelo de Amberes dedicado desde su inauguración a la tan teresiana advocación de San José pasó a llamarse, tras la beatificación celebrada el 24 de abril de 1614, de Santa Teresa y San José. De ese entrañable gesto pronto dejó constancia la Beata en sus cartas:

*De Amberes, ocho de mayo; de esta casa de nuestra santa madre Teresa de Jesús o De este convento de nuestra Santa Madre y San José, y de Amberes*<sup>67</sup>.

<sup>66</sup> *Obras completas*, p. 1001.

<sup>67</sup> *Idem*, p. 1002 y p 1018.

¡Con qué júbilo celebrarían ellas y sus hijas la canonización de Teresa de Jesús ocho años después, el 12 de marzo de 1622! Ese día también fueron canonizados por Gregorio XV otros tres españoles: Ignacio de Loyola y su discípulo Francisco Javier, el patrono de Madrid, Isidro Labrador, y un italiano, Felipe Neri. ¡Gloriosa mañana!

En la correspondencia de la Beata hallamos, ¡cómo no!, felices alusiones a tan feliz evento. A la Infanta le agradece que ella y su esposo, el archiduque Alberto de Austria, interviniesen a favor de la causa y le pide interceda ante las autoridades de Amberes para solemnizar la fiesta que tuvo lugar en Amberes el 13 de junio de 1622:

*Señora, la gracia y el amor de Dios sea en el alma de Vuestra Alteza y nos la guarde largos años para nuestro consuelo y de su santa iglesia, que sería bien triste que nos faltase una princesa tan soberana [...] Suplico a Vuestra Alteza de mirar por su salud, que si va con tanto rigor, es para perder las fuerzas que Dios ha dado a Vuestra Alteza para que sea en ellas alabado, como lo es en todas sus obras [...] Y del que Vuestra Alteza ha hecho en hacer que nuestra Santa sea canonizada, que ha sido todo por Vuestra Alteza; ella se lo pagará en esta vida y en la otra con premios eternos, que por la Santa los dará Su Majestad más copiosos de lo que acá se puede pensar. Y las súbditas no seremos desagradecidas a tal favor, que damos a vuestra Alteza la enhorabuena; y suplico a la Santa la dé a Vuestra Alteza y la ayude con fuerzas de su Espíritu para llevar los trabajos que ahora tiene Vuestra Alteza. También suplico a Vuestra Alteza mande a los de esta villa nos honren la fiesta<sup>68</sup>.*

En otra carta también alude a su gran alegría por la canonización y a la preocupación que tuvo porque la enfermedad del Papa lo impidiera:

*Me consolé el día de su canonización, aunque acá estaba en duda si sería o no, porque nos decían que Su Santidad*

<sup>68</sup> *Idem*, pp. 1388-1389.



*estaba enfermo [...] Mas estando en este cuidado de lo uno y de lo otro, me le quitó la Santa dando a sentir que era todo como lo deseaba, de que yo quedé en paz y gozo, que le he tenido de ver esta Santa honrada como lo merece de Dios y de su Santa Iglesia. Bendigamos día y noche al Señor, que la escogió para poner en ella tantas gracias, que es de su gloria mostrarlas en sus amigos, y en nuestra Santa halló caudal para darlas más que en otros muchos. Ayúdeme V.R, Padre mío, para que ella me tenga el favor de Jesucristo, que la pueda ir a ver cuando de este mundo vaya [...] De Amberes, y de este convento de nuestra santa madre Teresa de Jesús y de San José, y de abril<sup>69</sup>.*

La correspondencia de la Beata en esas fechas refleja cómo pidió a todos sus benefactores ayuda para solemnizar la fiesta. Concretamente en una carta a la duquesa Caterina Gonzaga le manifiesta su agradecimiento asegurándole que mucho mayor será el de la Santa:

*[...] la merced que me hace y obligación que en esta casa la tenemos y toda nuestra santa religión, que, como tan aficionada a ella, creo muy bien la gran parte que le ha cabido a V.X<sup>a</sup> de nuestro bien y alegría de la canonización de nuestra santa Madre, de que doy a V.X<sup>a</sup> mil enhorabuenas, pues por tantos derechos se la debe, y en particular por la devoción que V.X<sup>a</sup> tiene a nuestra Santa, que espero le ha de lucir muy bien, pues nuestra Santa tiene de condición el ser muy agradecida, ya así no dejará de serlo a V.X<sup>a</sup>, a quien doy mil gracias por tan lindas sedas que han llegado a muy buen tiempo, porque la solemnización de la fiesta de nuestra Santa no la haremos hasta los 13 del mes que viene, y así ha habido tiempo para acabar las preparaciones, que harto me holgara que para entonces viniese el Niño Jesús, para que toda nuestra fiesta fuese de V.X<sup>a</sup> que con eso la tendremos muy honrada<sup>70</sup>.*

<sup>69</sup> *Idem*, pp. 1391-1392.

<sup>70</sup> *Idem*, p. 1394.

Ana de San Bartolomé transmitió el gozo de todos estos acontecimientos a sus Carmelos más queridos y éstos debieron responder con gratitud a sus cariñosas misivas:

*Bien me puede V.R dar el parabién, porque aunque no lo merezco me lo puede dar de sus hijas por lo que le deseo y me gozo, que es uno de los contentos que yo puedo tener en este mundo hasta que la vaya a ver, merece el que V.R tiene y todas las demás hijas de la Santa, que lo serán mejores. Mas en quererla y en consolarme de las honras que Dios y el mundo la hacen, no daré a nadie ventaja en esto*<sup>71</sup>.

#### ANA DE SAN BARTOLOMÉ Y FRANCISCA DE JESÚS

Ana de San Bartolomé conservó toda su vida la unión espiritual y afectiva con su querida prima, a quien la vida le deparó volver a ver cada vez que la Santa y ella paraban en el Carmelo de Medina del Campo. Allí ingresó Francisca como hermana lega y profesó, como consta en el acta firmada por ella, el día 3 de julio de 1578 con el nombre de Francisca de Jesús. María de San Jerónimo, en su *Relación* sobre la Beata, alude a su prima ya que piensa que quien se acerque a la figura de Ana querrá saber qué fue de su fiel confidente y amiga:

*Quien leyere esta relación me parece se holgará de saber qué hizo Dios de la compañera de esta hermana que hago aquí mención, que anduvieron juntas en sus principios y tan conformes en sus deseos. Encubriole su venida al monasterio por no le dar pena, como no había lugar para más que una; y cuando supo su venida, dióle mucha pena, que dicen estuvo muchos días no hacía sino llorar. Estotra, queriéndola hacer buena amistad, procurábale cómo poderla traer; y como no había lugar en monasterio para poder entrar, luego enviola a decir que si quería venir a servir en casa de un capellán nuestro mientras hubiese lugar de poder entrar en monaste-*

<sup>71</sup> *Idem*, p. 1399.

*rio. Respondió que siete años serviría de balde porque al cabo de ellos la recibiesen en un monasterio. Ella vino, y la vio la santa Madre y se contentó tanto de ella, que la dio palabra de recibirla lo más presto que pudiese. Y así lo hizo, que la llevó a Medina del Campo, donde ahora está; llámase Francisca de Jesús; y porque en su casa darán relación de lo que es esta hermana, no lo digo aquí. Lo que sé es que nuestra santa Madre decía que era una de las almas santas que ella conocía. Siempre he oído decir en la mucha reputación que la tienen en su casa<sup>72</sup>.*

Hasta el final de sus días y a pesar de la lejanía física pervivió en ellas la brasa de este cariño fraternal, tal cual lo reflejan las emotivas cartas que se conservan de la Beata, como la que le escribe con este sobrescrito: «A mi carísima hermana Francisca de Jesús, que Dios guarde, Carmelita Descalza en Medina del Campo»:

*Carísima hermana, con deseo estoy de saber de su salud, si es más que la que tenía cuando me escribió mi madre priora, si está para ello, pida licencia y escríbame como a hermana que la ama de buen corazón, y que me será de harto consuelo saber nuevas de ella y de toda esa santa casa aquí<sup>73</sup>.*

Y en otra carta, llena de ternura, la expone su deseo de partir de este mundo juntas como a él llegaron:

*Jesús sea en el alma de mi carísima hermana, bien amada de la mía y como la misma mía. [...] Conozco el amor y buena voluntad de mi hermana, que es siempre una. Es bien hermana mía; que lo sea, que me debe, que nunca por jamás se ha mudado en mí el amor que le tengo desde el día primero que Dios nos unió en un amor desde el agua del bautismo [...] Esto pido a mi carísima: use conmigo de esta cortesía acerca de Dios y no pida que la lleve de este mundo sin mí, pues nacimos en él por la gracia juntas [...]*

<sup>72</sup> *Obras completas*, Roma, p. 756.

<sup>73</sup> *Idem*, p. 1326.

*De Amberes, y de este convento de Santa Teresa y San José, primero de julio.*

*Sierva de mi hermana y bien aficionada, Ana<sup>74</sup>.*

Pero la vida, por apenas tres meses, no cumplió su ingenuo deseo y la Beata tuvo que soportar el dolor que le causó recibir la tristísima noticia de la muerte de Francisca, sucedida a la una de la noche del 19 de febrero de 1626. Quizás intuyó que sólo era un ¡hasta pronto!, porque ella iniciaba ya la recta final de su camino.

#### EL ADIÓS A LA VIDA DE LA BEATA

Las crónicas del Carmelo de Amberes, los procesos de beatificación, y su primer biógrafo<sup>75</sup>, narran la enfermedad y muerte de la Beata. Desde 1624 padeció ciertas enfermedades que levantaban la congoja de las monjas y la preocupación de la Infanta, quien, en cuanto tenía noticia de sus males, enviaba a su médico personal para que atendiese a la Beata. Los testimonios de su enfermedad indican cómo ella no quería que la gente principal estuviese pendiente de sus dolencias y cómo se quejaba a su Esposo cuando sentía que su salud era centro de atención social:

*¿Cómo, Señor, habéis de sufrir tal cosa, que una pobre carmelita haga tal ruido? No, Señor, no permitáis tal sino que me llevéis sin ruido ni baraúnda. También testimonian que decía condolida: Una pobre carmelita no debía hacer tanto ruido a su muerte<sup>76</sup>.*

Ana de San Bartolomé sí vio cumplido este último deseo y el agravamiento final de su enfermedad fue muy rápido. Tan sólo tres días antes de su muerte, el 4 de junio, cayó enferma y no pareció de gravedad. El sábado día 6 se sintió aliviada, sin presagiar que ini-

<sup>74</sup> *Idem*, p.1074.

<sup>75</sup> Crisóstomo Enríquez publicó en 1632 la primera biografía de la Beata.

<sup>76</sup> Archivo de las Madres Carmelitas de Amberes, ms H.1 y ms H.2. *Histoire ou Relation des choses principales*. pp. 208-209.

ciaba su última madrugada. El domingo al mediodía empeoró. Realmente no dio tiempo a avisar a la Infanta y que ésta enviase a su médico personal para atender a su querida amiga. Tan sólo hubo tiempo para avisar al médico de la comunidad, que iba y venía todos esos días, y al prior de los Carmelitas de Amberes, que, ante la súbita gravedad, le administró el sacramento de la Unción. Así, en su celda, en presencia del prior, del médico y de su querida comunidad, la primera y dulce hermana lega del monasterio de San José de Ávila, la compañera inseparable de la Santa, se fue de este mundo a los setenta y seis años, como ella quiso, sin ruido ni barahúnda. Ojalá aquel atardecer del domingo 7 de junio de 1626, festividad de la Santísima Trinidad, los amorosos brazos de su santa Madre acogieran su último suspiro en su querido Carmelo de Santa Teresa y San José, en Amberes.

Murió sin llamar la atención; pero no pudo evitar que ante la noticia de su muerte cientos y cientos de personas acudiesen al convento para venerarla como a una santa. El confesor de la Infanta, el agustino fray Bartolomé de los Ríos, celebró el funeral, y fue enterrada el martes en presencia del obispo y de las autoridades de Amberes. En Bruselas, ocho días después, la Infanta presidió otro solemne funeral con toda su Corte. Durante años Isabel Clara Eugenia había confiado a Ana de San Bartolomé tanto asuntos personales como graves problemas de Estado y lloró la pérdida de su gran amiga y consejera. Almendral de la Cañada y Amberes se unieron en el dolor que cruzó las fronteras difundiendo la triste noticia de Carmelo en Carmelo.

¿Quién iba a sospechar en su pequeño pueblo de Almendral que aquella incomprendida pastorcita sería la sombra de la Santa más luminosa del santoral, fundaría Carmelos fuera de nuestras fronteras y trataría a grandes personajes de la época hasta el punto de que la propia hija del rey Felipe II lloraría su muerte?

Pronto llovieron las gracias y los milagros. Entre los años 1629-1630, cuando se recogieron las declaraciones necesarias para iniciar su proceso de beatificación, constan unos sesenta milagros aprobados. Siguiéron varios procesos. En el gran proceso apostólico de 1638 declararon 133 testigos, que han dejado para la posteridad un legado de gran valor para el Carmelo Teresiano y para la Historia.

El cuerpo de Ana de San Bartolomé, aunque por diferentes motivos, también fue andariego como el de su santa Madre. En 1788, con la invasión de Napoleón y el reinado de José II, se suprimió el convento de Amberes y para salvaguardar los restos mortales de Ana de San Bartolomé fueron trasladados a la basílica de San Denis, en las cercanías de París, hasta que, en 1790, regresaron con la comunidad a su Carmelo de Amberes.

Actualmente sus restos reposan en una pequeña urna en el lateral derecho de la iglesia del Carmelo, cuya primera piedra fue colocada por la Infanta el 15 de agosto de 1615. La urna es de plata sobredorada, decorada con escenas de su vida (infancia en Almen-dral, encuentro con la Santa, muerte de ésta en sus brazos, libertadora de Amberes, y efigies de la Infanta y el archiduque Alberto, sus grandes benefactores), la urna se apoya en un pedestal de mármol con las efigies de Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

El proceso de beatificación se alargó interminablemente en el tiempo y, al fin, el 6 de mayo de 1917 fue beatificada por el papa Benedicto XV la insigne carmelita de quien la tradición oral del Carmelo Descalzo mantiene que dijo Teresa de Jesús: *Ana, Ana tú eres la santa, yo tengo la fama*. ¿Cabe mayor elogio dicho por tan gran santa?

A finales del siglo XX ha salido a la luz el importante legado escrito de quien firmó su acta de profesión religiosa con una simple cruz. Esperamos que la publicación de sus Obras y la difusión de su figura aliente la canonización de quien fue para Teresa de Jesús su gran apoyo, su confidente, su enfermera, su secretaria, en la hora de su muerte los brazos que la abrazaron con amor filial y, después, el testimonio fiel de su memoria y la defensora tenaz de su obra. Realmente Ana de San Bartolomé fue en vida de Teresa su sombra, y después de su muerte, el foco de su resplandor.